

Claire Fuller

NARANJAS AMARGAS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CLAIRE FULLER
NARANJAS AMARGAS

Traducción de Victoria Alonso Blanco

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Bitter Orange*

1.ª edición: abril de 2020

© Claire Fuller, 2018

Publicado en Reino Unido en 2018 por Fig Tree, un sello de Penguin Books

De la traducción: © Victoria Alonso Blanco, 2020

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-804-7

Depósito legal: B. 4.644-2020

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Black Print

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Deben de pensar que estoy en las últimas, porque hoy han dejado pasar al párroco. Puede que tengan razón, aunque no veo diferencia entre el día de hoy y el de ayer, y supongo que el de mañana se desarrollará más o menos igual. El párroco —no, «párroco» no es, tiene otro cargo eclesiástico pero se me ha olvidado— es un hombre bastante mayor que yo, con el pelo canoso y la piel enrojecida y llena de escamas, como irritada. Yo no lo he mandado llamar; la fe que pudiera haber tenido en otro tiempo se vio puesta a prueba sin éxito en Lyntons, y anteriormente mi asistencia a la iglesia no pasaba de ser una costumbre, una rutina en torno a la cual mi madre y yo organizábamos la semana. En este lugar, nos sobran costumbres y rutinas. De eso vivimos, y morimos.

El párroco, o lo que sea, está sentado junto a mi cama con un libro sobre las rodillas, pero pasa las páginas demasiado deprisa para estar leyendo. Cuando advierte que estoy despierta, me toma la mano, y me sorprende el consuelo que encuentro en ese gesto, en sentir esa mano en la mía. No recuerdo cuándo fue la última vez que me tocaron, porque que te froten rápido la piel con un paño caliente o te pasen un peine por el pelo no cuenta; me refiero a la última vez que me tocaron de verdad, al tacto de una mano. Cuan-

do Peter, posiblemente. Sí, debió de ser Peter. Este agosto hará veinte años. Veinte años... ¿Qué otra cosa se puede hacer en este lugar, aparte de contar las horas y recordar?

—¿Cómo está, señorita Jellico? —pregunta el párroco.

No creo haberle mencionado mi nombre. Tomo nota de ese «señorita», lo hago rodar en mi cabeza como una bola plateada en un tablero de *bagatelle*, lo dejo rebotar de una clavija a otra hasta que cae en el arco central y hace sonar el timbre. Sé muy bien quién es este hombre, pero no recuerdo su título.

—¿Dónde cree que acabaré? Después —le suelto a boca-jarro. Soy una vieja puñetera. Aunque quizá no sea tan vieja.

El párroco se revuelve en la silla como si le picara la entrepierna. Puede que esas escamas de la cara se extiendan por debajo de la ropa. Mejor no pensarlo.

—Bueno —responde, inclinándose sobre el libro—. Eso dependerá de..., de lo que usted...

—¿De lo que yo...?

—De lo que usted...

Dónde acabe dependerá de lo que confiese, eso es lo que intenta decir. El cielo o el infierno. Aunque me figuro que no creerá en la existencia de tales lugares; a estas alturas ya no. En cualquier caso, esto empieza a parecer un diálogo de sordos. Podría alargar la conversación y provocarlo un poco, pero por el momento decido no jugar.

—Quiero decir que dónde me enterrarán. ¿Dónde nos meten cuando salimos de aquí para siempre?

Deja caer los hombros decepcionado y luego pregunta:

—¿Tiene pensado algún sitio en concreto? Si es así, haré que se cumplan sus deseos. ¿Quiere que se lo comunique a alguien, que asista alguien en particular?

Guardo silencio un momento, fingiendo meditar su pregunta.

—Tampoco es necesario contratar a un coro de plañideras —respondo—. Con que asistamos usted, el enterrador y yo será suficiente.

Tuerce el gesto —¿vergüenza?, ¿incomodidad?— porque se ha dado cuenta de que sé que no es un párroco de verdad. Se ha puesto el hábito —el alzacuellos— sólo para que lo dejaran pasar a visitarme. Ha solicitado verme en otras ocasiones y me he negado. Aunque esto de sacar a colación las sepulturas me trae a la memoria los cuerpos: tanto los que están bajo tierra como los que están sobre ella. Cara y yo aquel día tomando el sol al borde del embarcadero, en el lago de Lyntons. Ella en bikini —era la primera vez que yo veía tanta piel de otra persona al descubierto—, y yo con la falda de lana subida descocadamente por encima de las rodillas. Cara me acarició la cara con las yemas de los dedos y me dijo que era muy guapa. Treinta y nueve años contaba yo aquel día en el embarcadero, y hasta entonces nadie, nunca, me había dicho que fuera guapa. Después, mientras Cara doblaba el mantel y recogía el paquete de tabaco, me incliné sobre el agua verdosa del lago y observé, decepcionada, que mi reflejo seguía siendo el mismo, era la misma de siempre, aunque durante aquel verano de hace veinte años, por un tiempo llegué a creerla.

A continuación me vienen otras imágenes, superpuestas. Y abandono la cronología para dejar paso a las oleadas de la memoria, que llegan solapándose y fusionándose. Mi última ojeada por el agujero de Judas: estoy en la buhardilla de Lyntons, arrodillada sobre las tablas del cuarto de baño, con un ojo pegado a la mirilla que sobresale del suelo y el otro tapado con la mano para enfocar mejor. En la habitación de abajo hay un cuerpo en la bañera, sumergido en un agua cada vez más rosada; tiene los ojos abiertos y clava la vista en mí con una insistencia excesiva. Hay charcos en el suelo

y el rastro de pisadas húmedas que se alejan empieza a perder brillo. Soy una mirona, soy la que se detiene ante el cordón policial para husmear en el desarrollo de otra vida; voy en el vehículo que reduce la velocidad a la vista de un accidente pero sin detenerse; soy la autora del crimen que regresa al lugar de los hechos. La que llora su dolor en solitario.

«Agujero de Judas.» Hasta que vine aquí, a este lugar, nunca había oído esa expresión.

¿Cuánto hace de eso?

—¿Cuánto?

Debo de haberlo preguntado en voz alta porque una de las ayudantas me responde. No, «ayudantas» no son; ¿cómo se llaman?, ¿auxiliares?, ¿asistentes? Esta enfermedad consuntiva que padezco no sólo me ha atrofiado la musculatura, sino que ha borrado todo recuerdo de la semana pasada, como también los nombres y cargos que me mencionaron una hora antes; en cambio, tiene la gentileza de dejarme intacto el verano de 1969.

—Son las once cuarenta —responde la mujer.

Ésta me gusta; tiene la tez del color de una castaña que recogí a finales de septiembre y encontré en un bolsillo de la chaqueta a principios de mayo.

—Ya sólo faltan veinte minutos para el almuerzo, señora Jellico —dice levantando un poco la voz.

Separa las sílabas, «Jelli-co», como si mi apellido fuera una marca de un fabricante de gelatinas, de postres; Mrs. Wagner's Pies, Mr. Kipling Cakes, Mrs. Jelli-co's...; pero ¿ha dicho señora? Yo nunca he sido la señora de nadie; nunca he estado casada ni he tenido hijos. Sólo aquí, en este lugar, me llaman «señora». El párroco siempre me ha llamado «señorita Jellico», desde el día en que lo conocí. ¡El párroco! Caigo en la cuenta de que en mi mano ya no hay nada, de que se ha marchado; ¿se habrá despedido?

—Veinte años —susurro.

El recuerdo de la primera vez que vi a Cara me remueve: aquel trago pálido y piernilargo. La oigo dando voces ante la fachada principal, en la plazoleta donde en el pasado daban la vuelta los carruajes. Dejé a un lado las tijeras con las que estaba cortando la moqueta del baño, crucé el estrecho pasillo y fui hacia una de las habitaciones de enfrente. Por debajo de la ventana de la buhardilla discurría un canalón revestido de plomo, incrustado en una cornisa de piedra repleta de hojas podridas, ramitas y plumas de antiguos nidos de paloma. Abajo en el suelo, encaramada a la fuente en torno a la cual giraban los carruajes, estaba Cara. Lo primero que me llamó la atención fue su oscura cabellera, una mata de pelo casi compacta, con los rizos prietos y la raya en medio, por la que apenas asomaba una franja de su rostro, blanco como la leche. Estaba dando voces en italiano. No entendí lo que decía; mis únicos conocimientos de ese idioma se limitan al nombre en latín de algunas plantas, y muchos de ellos ya se me han olvidado. Veamos: *Cedrus...*, *Cedrus...*, *Cedrus libani*, cedro del Líbano.

Cara, descalza, hacía equilibrios encaramada a los muslos de Cupido; con una mano se agarraba de las vestiduras de una mujer de piedra como si quisiera arrancárselas, y en la otra sostenía unas zapatillas de bailarina. Torcí el gesto disgustada, imaginando el daño que pudiera estar haciendo en el mármol, ya arañado y desconchado de por sí. Aunque no había examinado la fuente con detenimiento, me había hecho la ilusión de que fuera de Canova o quizá de alguno de sus discípulos. Cara llevaba puesto un vestido largo de ganchillo y, pese a la distancia, habría jurado que iba sin sujetador. El sol ya casi se había puesto por el otro extremo de la casa y su cuerpo estaba en sombra, pero la cabeza, inclinada hacia atrás para levantar la vista, se distinguía con toda clari-

dad. Al instante intuí el tipo de mujer que era: apasionada y espinosa, cautivadora; un cactus en flor.

Pensé que aquellas voces iban dirigidas a mí, allá arriba en la buhardilla. Nunca me han gustado los ruidos, las palabras ásperas; siempre he preferido el silencio de las bibliotecas, y por aquel entonces nadie me había alzado nunca la voz que yo recordara, ni siquiera mi madre, aunque ahora ya no puedo decir lo mismo, naturalmente. Pero antes de que pudiera contestar, aunque sabe Dios qué hubiera dicho, una ventana de guillotina se alzó en una de las estancias de abajo y un hombre asomó la cabeza y los hombros.

—Cara —dijo en dirección a la chica de la fuente, dándome a conocer su nombre—, no seas ridícula. Espera.

En su voz se percibía un gran cansancio.

Ella gritó algo de nuevo, agitando los brazos y moviendo la mandíbula con mucho aspaviento, apretó los dedos, se echó la melena hacia atrás, aunque volvió rebelde hacia delante, saltó de la fuente y se plantó entre la crecida hierba del suelo. Cara siempre fue muy ágil. Luego vino hacia la casa y la perdí de vista. Él se adentró de nuevo en la habitación, y oí cómo sus pisadas apresuradas resonaban por los salones vacíos de Lyntons; imaginé el polvo levantándose a su paso y posándose en los rincones. Desde mi ventana, vi que salía como una exhalación por la puerta principal y llegaba a la fuente justo en el momento en que Cara empujaba a toda prisa una bicicleta sobre los restos de la antigua gravilla al tiempo que se calzaba las bailarinas. Al llegar al paseo arbolado, se arremangó el vestido y saltó a la bici como una acróbata circense montando sobre un caballo en movimiento, algo que yo hubiera sido incapaz de hacer entonces y no digamos ahora.

—¡Cara! —exclamó el hombre a voces—. No te vayas, por favor.

Los dos, él y yo, nos quedamos observando cómo sorteaba los baches entre los tilos del paseo. Mientras se alejaba dándole a los pedales, soltó una mano del manillar y le respondió haciendo un gesto obsceno con los dedos. Después de todo lo ocurrido, me resulta difícil evocar las emociones precisas que acompañaron a esas imágenes de Cara. Es probable que aquel gesto suyo me escandalizara, pero me gustaría pensar que también estaba ilusionada por la expectativa de reinventarme, por las posibilidades que se abrían ante mí, por el verano.

El hombre fue andando hacia las puertas de la verja, que se alzaban hasta los dos metros de altura y siempre permanecían abiertas a causa de la herrumbre, y estampó las palmas de las manos sobre el letrero «LYNTONS 1806» enroscado en el hierro. Su frustración me intrigó: ¿acababa de ser testigo del fin de una relación o de una mera trifulca de pareja?

Calculé que aquel hombre debía de tener poco más o menos mi edad, unos diez años más que Cara tal vez; el pelo, de color castaño claro, le caía en un lánguido mechón sobre la frente, y por su porte daba la impresión de que la fuerza de la gravedad, o los años, habían hecho mella en él. Aquel aire derrotado, pensé, lo hacía muy atractivo. Enfundó las manos en los bolsillos de los vaqueros y al encaminarse de vuelta a la casa levantó la vista hacia mi ventana. Y yo, aunque mi presencia allí estuviera más que justificada, me deslicé otra vez hacia el interior y me agazapé bajo el alféizar.

«Lyntons.» Sólo de pensar en esa palabra se me eriza el vello de los brazos, como un gato que hubiera visto un fantasma. Pero la ayudante de planta..., no, ayudantes no se les llama... Una chica blanca nueva que no reconozco, con un delantal

blanco de plástico sobre el uniforme, advierte que tengo la boca abierta y aprovecha para meterme una cucharada de brócoli deslavado. Aprieto los labios, vuelvo la cabeza y dejo paso a otro recuerdo, uno anterior.

Las indicaciones del señor Liebermann, escritas de su puño y letra: nombres de lugares, flechas y caminos garabateados en un papel. Un pueblo de la campiña inglesa, una iglesia, una rejilla en la calzada que cierra el paso al ganado. Recuerdo que me apeé trabajosamente del autocar en la parada anterior a la entrada del pueblo y desanduve el camino hasta llegar a una pista estrecha y sin asfaltar en cuyo centro brotaban matojos de hierba. En la nota, junto a una senda sin nombre que partía de una ruinoso casa de guardeses, el señor Liebermann había escrito «DETÉNGASE AQUÍ PARA CONTEMPLAR LA VISTA», aunque luego me enteré de que él nunca había pisado Lyntons siquiera. Debíó de suponer que haría el trayecto hasta allí en coche, pero yo ni he tenido carnet, ni he aprendido a conducir, ni me he puesto al volante de un coche en mi vida. Dejé en el suelo las dos maletas que llevaba, y se me ocurrió esconderlas debajo de un seto y volver después a por ellas. Acalorada por culpa de la gabardina que llevaba puesta —era más cómodo que cargar con ella—, hice un alto para tomar aliento y me apoyé en la reja abollada del recinto.

A kilómetro y medio de distancia, en la cima de un promontorio verde que se alzaba al otro lado de una zona salpicada de árboles centenarios, se alzaba la mansión: Lyntons. La parte trasera se perdía entre sombras, pero desde donde yo estaba se divisaba una escalinata de piedra con amplios peldaños que desembocaban en un pórtico magnífico bañado de color crema por el sol de la tarde, con ocho enormes columnas coronadas por un frontón triangular. Como la prima inglesa del Partenón. A la izquierda de la mansión el

sol reverberaba en los cristales del invernadero de cítricos que el señor Liebermann me había mencionado en su carta, y detrás de las edificaciones la tierra se alzaba en escarpadas pendientes pobladas de árboles, una característica geográfica de aquella comarca: bosques centenarios aferrados a laderas de riscos abruptos que serpenteaban a lo largo de varios kilómetros. En las proximidades, un riachuelo cruzaba entre húmedos pastizales hoyados por pezuñas de vaca hasta perderse entre una maraña de árboles y maleza. Vislumbré el destello de un lago y, aunque no lo veía, imaginé el puente que por fuerza debía de atravesar sus aguas. Ya había fantaseado, con trémula excitación, sobre la clase de puente que podría ser, teniendo en cuenta la época y el estilo de la mansión original y lo que había leído acerca de ella, pero no había manifestado esa posibilidad ante nadie. De hecho, nadie me habría escuchado, al menos en aquel entonces.

Tumbada en la cama, en este lugar, pienso en puentes, en aguas que cruzar, en el barquero, y me pregunto si me asaltará alguna premonición de mi muerte. Parece que todo el mundo las tiene —un pájaro que se cuelga en el interior de una habitación, un zorro encadenado, una liebre vigilante, una vaca que alumbra a becerros gemelos—, pero sólo los desgraciados interpretan esas visiones como un augurio.

Otra cuidadora, la simpática con acné (¿Sarah? ¿Rebecca?), me peina. Es más joven que las demás, no creo que dure mucho tiempo aquí, pero es amable y no habla por hablar como la mayoría. Cuando ha terminado —ahora con cuatro pasadas ya estoy lista—, me coloca un espejo delante de la cara y, una vez más, me espanto ante mi reflejo: esa mujer con los pómulos hundidos, la piel moteada como un pergamino manchado de té, el cuello arrugado... En el espejo, la boca de

la mujer se abre y muestra unas encías pálidas y retraídas sobre unos amarillentos dientes de caballo; me aparto de esa imagen, agitando los brazos, y le doy un golpe al espejo sin querer. La chica, que no lo tenía bien agarrado o quizá no esperaba que yo tuviera tanta fuerza, lo deja caer sobresaltada. El espejo golpea contra el pie de la cama, pero no se rompe (sólo faltaba), sino que sale rebotado por el suelo de la habitación. La chica me pide que me tranquilice, que me calme, que me acueste, pero no con el trato amable de antes. Siento un calorillo húmedo que se extiende por debajo de mi cuerpo; la chica pulsa el avisador y oigo el chirrido de las suelas de goma sobre el linóleo del pasillo. Una fuerte punzada de dolor en el brazo, y me encuentro de vuelta otra vez en la buhardilla de Lyntons.

Estoy en la buhardilla de Lyntons, y cuando ya es manifiesto que el hombre ha desaparecido de nuevo en el interior de la casa, termino de rajar el centro de la moqueta del baño con una navaja que llevaba para recoger muestras botánicas. Era una herramienta preciosa, con un mango curvo que se acoplaba perfectamente a la palma de mi mano y una hoja ancha y corta; me gustaba tenerla siempre bien afilada. Quién sabe dónde habrá ido a parar.

Agachada en un rincón debajo de la ventana, metí los dedos por debajo del zócalo de madera y di un par de tiros rápidos de la moqueta con tanta fuerza que conseguí arrancarla, levantando con ello una nube de polvo; con el impulso me caí de culo en el suelo, y una capa de restos de piel humana, de partículas de insectos secos y yeso de las grietas del techo me cubrió la cara y el pelo.

La moqueta tenía un estampado a cuadros marrón claro, con círculos rojizos. Se había agrisado en los bordes por

el polvo acumulado, y manchado de un amarillo infecto en torno a la taza del váter. Tiré de ella con fuerza, enrollé las dos mitades y las puse en el centro de la habitación, dejando al descubierto las tablas del suelo. El cuarto de baño era espacioso —tres pasos de la bañera al lavabo y otros tres de la ventana al váter— y en otro tiempo seguramente había servido de dormitorio para alguna doncella del servicio. Del centro del techo colgaba una pantalla llena de polvo que pendía de un simple cable. No me importaba la precariedad de mis aposentos, aquel cuarto de baño y el dormitorio contiguo eran míos, al menos durante un verano.

Mientras estaba allí agachada a cuatro patas, oí que llamaban con los nudillos a la puerta que estaba al fondo del pasillo y me quedé quieta, confiando en que si permanecía un tiempo inmóvil quienquiera que llamara terminaría por irse. A veces, en el pasado, había anhelado la compañía de mis semejantes, pero en ese preciso instante en que alguien llamaba literalmente a mi puerta, me puse nerviosa y la idea de tener que comunicarme con un extraño hizo que se me formara un nudo en la garganta. Una vez más, golpearon con los nudillos en la puerta, y mientras me apoyaba en el borde de la bañera para levantarme, oí que abrían y, un instante después, el hombre que había visto correr detrás de Cara se plantaba en el umbral del cuarto de baño, jadeando tras la subida por la escalera de caracol.

Me miró fijamente, y reparé en que aún tenía la navaja en la mano y la parte inferior de la cara cubierta con el pañuelo de seda de mi madre, con el que me había tapado la boca para evitar que me entrara el polvo.

—¿Hola? —dijo, dando un paso atrás.

De cerca me pareció más triste y a la vez más apuesto y no tan arrugado de cara.

Me bajé el pañuelo y cambié la navaja de mano un par de veces, sin saber qué hacer con ella.

—Perdón —dije, porque me pareció lo indicado.

—Tú eres Frances, ¿no? —saludó, tendiéndome la mano. Debí de parecerle confusa, cohibida, porque a continuación añadió, como si a mí se me hubiera olvidado—: ¿Te ha enviado Liebermann para evaluar la arquitectura de los jardines?

Tardé un momento en estrecharle la mano, que al tacto me pareció áspera y de un tamaño similar a la mía. La solté enseguida.

—Peter —se presentó—. Lamento no haber estado aquí para recibirte, aunque veo que te estás instalando la mar de bien.

Sonrió, rió casi, ante la vista de mi navaja, que aún no había soltado. Intercambiamos una mirada y yo desvié la mía hacia sus labios, gruesos para un hombre. Su atractivo aún me hacía sentir más torpe.

En una de sus cartas, el señor Liebermann me había comentado que había contratado a otra persona para que evaluara el estado de la casa y su contenido, de manera que la presencia de Peter allí no me cogía por sorpresa. Aun así, no me había parado a pensar en él, o tal vez sí, pero había imaginado que sería mayor que yo y no esperaba que viniera acompañado.

—Perdón —volví a decir, escondiendo la navaja detrás de los pantalones, unos pantalones de militar, cortos y holgados, que había comprado en una tienda de excedentes del ejército—. Estaba cortando la moqueta.

La experiencia me decía que, disculpas aparte, cuando me quedaba en blanco lo mejor que podía hacer era describir lo evidente.

—No he visto tu coche.

Las manos de Peter se movían mientras hablaba, trazaban

círculos una alrededor de la otra, apuntaban, ilustraban sus palabras.

—He venido en tren y luego en autobús —aclaré—. El treinta y nueve. Ha llegado con veintiocho minutos de retraso.

Deduje por su expresión que había hablado de más, quizá incluso había sido maleducada. Qué difícil hallar ese término medio, charlar con naturalidad como hacían los demás. Me pregunté, no por primera vez, cómo se dominaría ese arte.

—Deberías haber enviado un telegrama —me dijo—. No habría tenido inconveniente en ir a recogerte a la estación.

Dirigió la mirada hacia el cuarto de baño a mi espalda y continuó hablando.

—Y lamento que hayas tenido que oír el escándalo de antes. Cuando Cara está de malas, no hay quien la calle. Pero no te preocupes.

No estaba preocupada. ¿Acaso debía estarlo?

—Se habrá ido al pueblo. Al final siempre vuelve.

Se echó a reír nuevamente. Me pareció que intentaba tranquilizarse a sí mismo.

—¿Qué andas haciendo ahí? —señaló—. Las habitaciones de la buhardilla están bastante destartaladas. Supongo que antes debía de ocuparlas el servicio, alguna niñera o un mayordomo. Está todo muy abandonado. Si vieras los destrozos que dejó el ejército tras de sí... Hay pintadas que ni te imaginas.

Entró en el cuarto de baño y echó un vistazo alrededor sin el menor comedimiento.

—¿El ejército? —pregunté. Se me daba muy bien hacer que mi interlocutor siguiera hablando.

—Lyntons fue requisado. Por el Regimiento de Infantería Cuarenta y siete. Del ejército estadounidense. Según pa-

rece, Churchill y Eisenhower debatieron sobre el desembarco de Normandía en el salón azul. Dios sabe qué destrozos habrán hecho en los jardines. Los soldados, me refiero, no Churchill y Eisenhower, aunque quién sabe...; en fin, te lo digo para que estés sobre aviso. La verdad es que Liebermann sugirió que te alojaras en las dependencias de abajo. Son más suntuosas, y yo confiaba en alojarme en el pueblo con Cara, pero el caso es que..., bueno, que mis circunstancias han cambiado. —Peter sonrió. Me cayó en gracia por el simple hecho de que llenara los silencios para que yo no tuviera que hablar—. Los únicos baños que funcionan como es debido son éste y el nuestro de abajo. Espero que no te importe mucho instalarte aquí arriba en la buhardilla.

Advertí su mirada fija en las dos mitades de moqueta enrolladas.

—Olía mal —aclaré.

En su última carta, el señor Liebermann había incluido en el sobre una llave de la puerta lateral, junto con las indicaciones para acceder a las dependencias de la buhardilla. Al abrir por primera vez la puerta al final de la escalera de caracol, la pestilente vaharada me había asaltado en toda la cara: me trajo el recuerdo de aquellos últimos tiempos al cuidado de mi madre. Aquella mezcla de olores a verduras cocidas, orines y miedo.

—No creo que al señor Liebermann le importe que levante la moqueta.

—¡Qué le va a importar! —Peter hizo un ademán con la mano restándole importancia y se dirigió hacia la ventana sin dejar de hablar—. Liebermann no tiene ni idea de lo que contiene la mansión. Me envió un inventario, pero nada cuadra. Se suponía que en el salón azul tenía que haber una chimenea neoclásica obra de Wyatt, pero allí lo único que queda es un agujero enorme. La escalinata, supuestamente

de mármol con incrustaciones, según él, salta a la vista que es de estuco, e irrecuperable de tan dañada por la humedad y el moho como está; por otro lado, hay que reconocer que la cúpula es magnífica, y he encontrado montones de botellas de vino en el sótano que no estaban inventariadas. —Me guiñó un ojo y luego se agachó, con las manos en las rodillas, para mirar por la ventana a ras de suelo—. Aunque no me extrañaría que estuvieran picadas. Ese inventario podría ser de cualquier otra propiedad. Yo daba por sentado que Liebermann había visitado Lyntons antes de comprarla, pero ahora no estoy tan seguro. ¿Has encontrado la ropa de cama que te dejamos preparada? —No esperó mi respuesta y exclamó—: Qué vista.

Mis dos habitaciones se encontraban en el ala oeste de la casa, justo debajo de la azotea y de los fustes de las chimeneas. La planta constaba de unas doce habitaciones aproximadamente, que desembocaban en un pasillo que discurría de norte a sur. Todas las ventanas que daban al oeste gozaban de unas vistas espléndidas a los maltrechos jardines de Lyntons, los senderos cubiertos por el descuidado follaje de boj y tejo, un enmarañado jardín de rosas, estatuas derribadas y parterres destrozados, y el parque, el panteón y, más allá, una línea oscura de árboles y las escarpadas y frondosas laderas de bosque a lo lejos.

—¿Te has dado una vuelta ya por los jardines? —pregunté—. ¿O por el puente?

Yo hubiera querido que me dijera que no, y así ser la primera en descubrir lo que hubiera, pero también que sí, que lo había visto y era un puente de estilo Palladio, y así no tener que enfrentarme a la posible desilusión.

Un puente de estilo Palladio, ese sobrio elemento arquitectónico construido para comunicar dos orillas. Por lo general coronado por un templo, con balaustradas y columnas

de piedra, frontones y columnatas bajo tejado de plomo, con techos artesonados y estatuas. Con cenadores refrescados por el agua, abiertos en ambos extremos. Una edificación construida por la gente acaudalada para pasear por ella o atravesarla con sus carruajes. El puente que yo imaginaba abarcaba el lago de orilla a orilla con cinco elegantes arcos y un espectacular templo abierto por los costados alzándose sobre las balaustradas. Sería armoniosamente simétrico en conjunto, pero con intrincadas y delicadas tallas en las claves. No un mero puente, una vía para cruzar de una orilla a otra, sino un lugar diseñado para el amor, el galanteo y la belleza.

Peter se irguió.

—Ah, ¿hay un puente? Hace días que quiero bajar al lago para darme un baño, pero he estado muy ajetreado con la casa. Y entre Cara y la bodega... —Dio un puntapié a uno de los rollos de moqueta y se echó a reír—. ¿Qué? Desahaciéndote de un par de cadáveres, ¿no?